

VIENTO DEL NORESTE

Las ramas de los árboles chocaban entre sí, el ulular del viento creaba voces de lamentos y la lona de la tienda de campaña se agitaba. Chechu se despertó. Turbado, agudizó el oído y oyó un fuerte golpe; luego percibió cómo algo caía bruscamente seguido de un aullido que destacó sobre el resto de los sonidos.

—¡Chicos! ¿Estáis bien? —preguntó sin poder evitar que su voz sonara temblorosa.

—Solo es el viento —respondió López que también se había sobresaltado ante la insistencia de los aullidos caninos y la violencia del aire.

—Chechu, reconfortado por las palabras de su amigo, en quien confiaba plenamente, no solo porque era el más mayor de los tres, sino porque López sabía lo que se debía hacer en cualquier momento, se acurrucó en su saco y se durmió como un bebé.

Dani no respondió. Se hacía el dormido; no quería que sus amigos supieran lo muy asustado que estaba y el mal *yuyu* que le daban los aullidos en cadena que se estaban propagando, por no hablar de aquellas luces oscilantes que, hacía un rato observaba a través de la lona de la tienda, destellaban por el bosque. Empezó a contar, quince, dieciséis... llenó sus pulmones de aire y exhaló silenciosamente... Diecisiete, dieciocho... otra vez el haz de luz resplandeció hasta tropezar con la lona de la tienda. Volvió a contar; el pulso se le aceleró cuando llegó a la veintena, otro chispazo que duró unos segundos y de nuevo la oscuridad. Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza; no dejó de contar; cuando llegó a treinta, otra vez, un haz luminoso se expandió en la noche. «¿Quién estaría ahí fuera con aquel vendaval jugueteando con una linterna?», se preguntó. La incógnita le inquietaba, pero no sería él quien lo iría a averiguar. Intentó relajarse y disipar sus miedos. Oyó los ronquidos de Chechu y la respiración sosegada de López; agudizó el oído y comprobó que los aullidos se habían desvanecido.

De nuevo empezó su letanía. Uno, dos... treinta y siete, treinta y ocho. Se concentró en escuchar nada. Cincuenta y dos... cincuenta y tres; silencio total y total oscuridad. Respiró profundamente, seguía desvelado, pero ya había superado sus temores; ahora sólo pensaba en una cosa, una necesidad imperiosa. Sí, tenía que salir o la vejiga le explotaría de un momento a otro.

Se levantó sigiloso; no quería despertar a sus compañeros; evitando hacer ruido, abrió con cuidado la cremallera de la tienda y enfocó el exterior con la linterna. Hacía viento, pero la Tramontana iba remitiendo. Anduvo unos pasos buscando un lugar idóneo; no muy lejos de la tienda de campaña localizó unos zarzales.

Cuando se disponía a hacer sus necesidades, un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza le hizo trastabillar, se giró y no pudo evitar un segundo golpe. En un acto reflejo se tocó la cabeza, notó su mano pegajosa y supo que la tenía manchada de sangre. La linterna se le escapó de la mano y cayó al suelo. Una ráfaga de luz bañó su rostro, deslumbrando sus ojos. Alguien le sujetó por los brazos. Intentó desasirse de su atacante, pero no lo logró; se avergonzó por no evitar mojar los pantalones. Recibió un nuevo embate. Su cuerpo cedió y su mente se sumergió en la más absoluta oscuridad.